

Sobre la atención y la compasión

Otro fin del mundo es posible (cómo Aldous Huxley puede salvarnos)

ALEJANDRO GAVIRIA

Ariel, Bogotá, 2020, 143 pp.

EL BRITÁNICO Aldous Huxley es conocido sobre todo por ser el autor de la distopía pesimista titulada *Un mundo feliz*. Sus demás obras, como *La isla* (pieza primordial en el libro objeto de esta reseña), no han sido muy leídas, y eso que son contrapuntos o espejos, o continuaciones –como se les quiera llamar–, de *Un mundo feliz*. Y si aquel grupo de obras de Huxley es poco conocido, ni qué decir de las dimensiones de este hombre brillante, relacionadas con la salud pública, la educación y las sustancias psicoactivas.

Pero las cosas han venido cambiando, sobre todo en lo referente al último punto. Si durante años lo que Huxley dijo y escribió sobre las drogas fue considerado como poco más que un devaneo espiritual medio hippie, hoy el mundo científico e intelectual comienza a darle la razón. Lo que está llevando, me parece, a que cada uno de los párrafos de sus obras comience a ser leído en clave profética: bastará con abrirlas en cualquier página para encontrar un mensaje, y bueno, no es para tanto. En fin.

Sea como sea, Huxley se las trae, o dicho de otro modo: tenía (tiene) una concepción de la realidad que bien puede entenderse como la propuesta de un camino (de ahí el subtítulo del libro que nos ocupa, no solo atrapador de lectores, aunque también: *Cómo Aldous Huxley puede salvarnos*).

Y, en algún momento, en medio de los peores días de la pandemia, esos días de encierro absoluto y calles solitarias, Alejandro Gaviria, quien aún era el rector de la Universidad de los Andes, cayó en cuenta de aquello –cayó en cuenta de que a partir, o a través de Huxley, se podía plantear una serie de soluciones– y se sentó a escribir.

Obviamente, Gaviria lleva años leyendo a Huxley. No por nada en uno de los capítulos del libro –quizás el más divertido, por ser el más *narrativo*– cuenta cómo compró por internet un manuscrito del autor británico,

relacionado no solo con Colombia sino también, casi proféticamente, con los enrarecidos tiempos hipertecnológicos de hoy, y que, cuando lo tuvo en sus manos, prometió sentarse a escribir el libro objeto de esta reseña.

Gaviria escribe con la pasión y el amor de un admirador entusiasta, lo cual se agradece. Dicho de otro modo: *Otro fin del mundo es posible*, aparte de ser un libro muy agradable, tiene una estructura juiciosa; tanto así que, al final de cada capítulo, Gaviria explica de qué textos y artículos sacó la información en la que se apoya, y así, además, se evita los incómodos pies de páginas.

Quizás algunos lectores pueden encontrar mucho de naif en lo que hace Gaviria con la obra de Huxley. Y es cierto que no propone nada nuevo. Sin embargo, me parece que no está mal que nos recuerden todo aquello, en últimas no está mal que nos recuerden los fundamentos de la moral; y sobre todo resulta particular que nos lo traigan a la memoria en estos extraños días de pandemia: es como si ciertos aspectos se ajustaran perfectamente, como si hubieran sido escritos para ponerlos en práctica en estos raros momentos en los que aún el mundo no sabe qué hacer para enfrentar un covid mutante y tramposo.

Anota Gaviria en las primeras páginas que

Este no es un libro de ocasión. No es un comentario sobre la coyuntura actual, pero sí es un libro sobre el presente y el futuro. Lo escribí, en buena medida, durante el primer semestre de 2020, en medio del confinamiento obligatorio [...]. La lista de ideas urgentes es larga: la presencia acechante de la muerte, los límites de la medicina moderna, la excesiva especialización del mundo académico, la crisis del medio ambiente que ya no podemos esconder, el poder destructivo de las ideologías y el nacionalismo, las trampas crecientes de la tecnología, la relación del ser humano con las sustancias psicoactivas, etc. (p. 15)

Son estas “ideas urgentes” el contenido del libro. Es más, casi hay un capítulo para cada una de ellas.

Gaviria, apoyándose en el contenido de *La isla*, comienza planteando

diez razones para el pesimismo cósmico: la decrepitud y el inevitable final; la noción de que somos solo artefactos desechables; la idea de que la vida humana no tiene un sentido intrínseco; la ignorancia fundamental; el amor como consuelo y respuesta al absurdo; el hombre como un animal que siempre quiere más; la idea de que somos una especie que ama la libertad pero añora las cadenas; nuestra propensión al autoengaño; el hecho de que seamos, además de beneficiarios, víctimas de la cultura en la que vivimos, y por último, que seamos muchos: el problema de la población no ha sido resuelto.

Quizás más interesante que los diez puntos –estos, finalmente, no son novedad– es la respuesta, el antídoto que Gaviria propone desde la filosofía de Huxley: atención y compasión. La atención entendida como “un llamado a tomar conciencia sobre la necesidad de sacralizar la vida de todos los días y sobre la importancia de aprender a percibir”, y la compasión como “la solidaridad con otras criaturas finitas con las que compartimos un destino común: la muerte, la enfermedad y la desazón” (p. 31).

Percibir al otro, ser conscientes de la existencia del otro; recordar que cada segundo aquí, en este mundo, es un milagro maravilloso, algo sagrado que a la vez implica unos deberes y derechos. Acaso esa noción aplicada al diario vivir por todos los seres humanos sea suficiente para cambiar el planeta.

De estos dos conceptos –atención y compasión– se desprenden las reflexiones de los siguientes capítulos: la salud más allá de la medicina, y entendida como un atributo de la cultura; la ecología con una dimensión religiosa en la que el hombre no esté por encima de la naturaleza; la aceptación de la condición anfibia del hombre y la importancia de esta en el interés por las artes y la educación –y la comunicación, por supuesto– no verbal, y quizás uno de los puntos en los que Gaviria más se interesa: lo que Huxley planteaba sobre las sustancias psicoactivas.

La propuesta de Huxley es resumida así por Gaviria:

Algunas sustancias psicoactivas pueden ofrecer, de manera transitoria, una experiencia esclarecedora, una visión distinta que nos conecta con las cosas y con el mundo, y

ENSAYO		RESEÑAS
<p>diluye, convenientemente, algunas jerarquías. En fin, las drogas no ya como formas de enajenación o esclavitud, sino como una forma de liberación (siempre parcial y transitoria). (p. 57)</p> <p>Toda una toma de posición política –de un político– en el país que no solo exporta el 80% de la cocaína consumida en Estados Unidos, sino que también debe a las drogas casi todos los conflictos violentos y ambientales que hoy tiene.</p> <p>Gaviria va mucho más allá de resumir y apoyar las ideas de Huxley sobre las sustancias psicoactivas. En el último capítulo narra un viaje con LSD. El capítulo es, formalmente, por decir lo menos, raro. Comienza en primera persona (“alrededor de las cuatro de la tarde me tomé los primeros cien microgramos”), y después pasa a tercera persona (“lo primero que sintió fue la luz, rodeándolo, casi abrazándolo, la luz como una presencia acogedora”). ¿Por qué? Gaviria seguro tendrá sus razones, pero la sensación al romper, la primera idea, es que no se quiere comprometer, sino generar en el lector el efecto de que fue otro el que vivió el viaje, no él. Raro, repito. Si bien describe imágenes bellísimas, y cita poemas y frases de José Emilio Pacheco, Andrés Caicedo y Elkin Restrepo, este relato le entra al lector en reversa.</p> <p>Qué pesar porque esas son las últimas páginas del libro, y uno, al terminarlo, no puede hacer más que rascarse la cabeza.</p> <p style="text-align: right;">Andrés Arias</p>		